

# Posada, Creador de Vida

Por José MANCISIDOR

Es el guatemalteco Mario Monteforte Toledo quien refiriéndose al agitado siglo XIX mexicano ha escrito que cuando México hacía su dolorosa historia necesitaba más de un artista que de un historiador: así explica la presencia de José Guadalupe Posada, ese genial artista popular, en la literatura y en la plástica mexicanas.

No incurro en error cuando hablo de la presencia de Posada en la literatura mexicana, porque todos y cada uno de sus grabados constituyen verdaderos ensayos de psicología, de moral, de política, de costumbres sobre la vida de nuestro país. No es imprescindible la leyenda escrita para que la literatura ejerza sus funciones allí en donde, el grabado solo, es un texto literario en el que brillan, por igual, la agilidad y la donosura, la claridad y la perfección y, con todo ello, una fuerza artística todavía inigualada.

Posada nació durante aquel año de 1852 en que México, reducido ya por el imperialismo yanqui a su mínima extensión territorial, se aprestaba a librar batalla definitiva contra el caduco partido conservador cuya incapacidad para dirigir los destinos de nuestro país había quedado demostrada, descarnadamente, desde Turbide hasta Santa Anna.

Toda esta primera época de su existencia la pasó, asomándose así a la realidad histórica nacional, en medio del fragor de las batallas y del tronar de los cañones. Ayutla, la Guerra de Tres Años, Puebla de Zaragoza y González Ortega y Querétaro, la tumba del Imperio, con Corona y Escobedo: he aquí los eslabones de una larga cadena que arrancaba, de 1854, y terminaba en 1867.

Posada había cumplido quince años. Había entrado en la adolescencia bajo el signo de la muerte. México era, de norte a sur, de oriente a occidente, un osario. Posada fue testigo de la lucha de su pueblo y lo vio entregarse a la muerte para conquistar, a precio de sangre, el camino de la vida. En sus oídos quedó grabado no sólo el rumor de la matanza: quedaron grabados también, y quizá con mayor intensidad, las palabras de aliento y los himnos del nuevo despertar de México. Contra el Imperio ha triunfado la República; contra el Partido Conservador el Partido Liberal; contra la consigna política de Religión y Fueros, la de Independencia y Libertad. El sueño napoleónico se ha derribado al soplo popular mexicano, mientras los quince años de Posada se han nutrido, si de la amargura y el dolor, igualmente de la alegría y la esperanza: ingredientes que, anidaron, en su pensamiento, tanto como en su corazón.

A lo largo de este lapso se han venido abajo la Dictadura y el Imperio y se ha deshecho, con su pirotecnia verbalista, la ilusión de los traidores. Ni Santa Anna ni Maximiliano, sino Juárez, no por Juárez mismo, como por lo que Juárez representaba. ¡Tal es la verdad! Pero Juárez murió y, con su muerte, su causa perdió pureza. La Noria y Tuxtepec apoyaron, con fines muy mal disimulados, las ambiciones de un nuevo dictador. Fue precisamente entonces cuando Posada nació, con personalidad propia, para el arte mexicano. Ya antes, en su Aguascalientes natal, había hecho sus primeras armas como grabador. Mas sólo en México, al contacto de una existencia más activa, su nombre adquirió gloria y fama.

No obstante, se hizo necesario, para que la fama alcanzara pleno reconocimiento que la Dictadura cayera; que llegara la Revolución barriendo el ominoso pasado y que se hiciera carne, en el arte nacido con ella, el espíritu de Posada. En Posada hallaron su tradición los grandes pintores y grabadores mexicanos: desde José Clemente Orozco, Diego Rivera y, en cierto sentido, David Alfaro Siqueiros, hasta Leopoldo Méndez, Alfredo Zalce y José Chávez Morado.

Es verdad, como Fernando Gamboa lo ha asentado, que Hernández y Manilla antecedieron a Posada. Mas fueron de tal modo sus contemporáneos y su obra se perdió tanto junto a la suya, que no puede afirmarse la prioridad de aquéllos sobre éste. Por lo demás, en tanto que Hernández y Manilla se borraron con el tiempo Posada ocupó toda una época en la historia del arte mexicano: toda una época acreditada, no por los años transcurridos, cuanto por el valer y el caudal de lo artísticamente creado.

El mérito de esta obra no es nada más de carácter estético: es, también, de carácter ético. Ya Celerino Palencia ha subrayado la enorme potencia, la vigorosa "dicción plástica" que los grabados de Posada revelan. No menos vigoroso es su valor ético, un valor ético cuyas raíces se agarran, con creadora vitalidad, a la entraña popular mexicana. De esta raíz, pin-



Posada: Corrido "Los deportados al castillo de San Juan de Ulúa".

cada en el alma de su pueblo, nació la eternidad de José Guadalupe Posada. Examinense sus caricaturas, sus ilustraciones a los corridos, sus grabados todos y se hallará, viva, en ellos, la sensibilidad mexicana. Y no, simplemente, la sensibilidad mexicana frente a la muerte (como críticos superficiales lo pregonan), sino, del mismo modo, la sensibilidad mexicana frente a la vida. Porque es mentira que un pueblo que maneja y juega el tema de la muerte, lo haga por amor a la muerte misma. Por el contrario, quien así lo hace, es un pueblo que ama la vida, pese a que la vida, como con el pueblo mexicano sucede, no le haya otorgado sus muchos beneficios. Pero un pueblo, cuando es joven, ama la vida por simple reacción biológica. Y

fue Posada, quien mejor que los demás supo hacer, de los símbolos de la muerte, el símbolo de la vida.

Allí están aún, para testimoniarlo, los impresos de Vanegas Arroyo: su par contra la Dictadura y otro héroe, sencillo por auténticamente popular, de la libertad. Aquellos memorables impresos en los cuales, para ilustrar los corridos, Posada hacía gala de su ingenio: un descarrilamiento, un robo, un asesinato por celos, un sacudimiento terrestre, un asalto a un tren, un suceso cualquiera: el pulso de la existencia diaria y de los hechos menudos del vivir, tuvieron en él a su artista inigualado, a su cronista mejor también.

Pero no olvidemos la era en que el arte de este artista genial se desarrolló en Mé-

xico, y el papel que jugó en las luchas por la liberación del pueblo mexicano.

Quizá, más que ninguna otra expresión artística, es la caricatura quien reúne los elementos indispensables para participar, con eficacia, en las lides de índole política. Posada la utilizó, con gran habilidad, contra la Dictadura. A veces, una simple espada, era la matona. Y la matona era la Dictadura. Y la Dictadura Porfirio Díaz... En otras, como en la histórica calavera de Huerta, toda la fuerza política la representaba una araña como en el famoso cantar de la Revolución lo representó la cucaracha. En uno y en otro caso, el artista tomando partido por el pueblo.

Fue de este nexo irrompible entre el artista y el pueblo de donde arrancó el valor ético de la plástica de Posada, inspirado en las causas más nobles, en esas fuerzas inviolables y perennes que dieron, a sus manifestaciones estéticas una fisonomía propia, una fuerza incontestable, una perdurabilidad sin límites, una universalidad sin fronteras y un sentido justiciero que está, como es fácil comprobarlo ahora, por encima del tiempo y el espacio.

"Gemela dualidad de realismo y fantasía" advierte, justamente, González de Mendoza en la obra de Posada, lo que pone de relieve la fantasía creadora y la inspiración artística sobre la realidad que lo rodeaba, que nunca lo engañó.

¿Qué de extraño tiene, pues, que para que su glorificación se hiciera necesario: primero, que un sacudimiento popular arrancara de cuajo las bases de la dictadura porfiriana y, segundo, que la Revolución modificara, con su aliento renovador, los viejos y decadentes conceptos que sobre la ética y la estética se formaron en el seno de una sociedad corrompida y senil.

Así, al cumplirse el primer centenario del nacimiento de José Guadalupe Posada, México descubrió que se hallaba en deuda con su artista genial y se apresuró a saldarla. Pero lo que a Posada se debe no es de aquello que pronto se liquida. Y a medida que los años pasan, la deuda crecerá más y más. Porque, cuando el arte y el artista encuentran sus fuentes creadoras en el pueblo, su nombre y su obra no tienen fin, ya que han adquirido, según la frase de Rejano, "dimensión de símbolo". De símbolo hecho, con el encanto artístico, de luces y de vida.

## Un gran Juglar

Por Juan REJANO

Hace unas años alguien me pidió un juicio sobre Posada. Yo dije éstas o parecidas palabras: De todos los artistas mexicanos, contemporáneos o no, cuya obra conozco — pintores, poetas, músicos, etc. — el que más cabalmente representa a este país, el que mejor lo desentraña, es José Guadalupe Posada. Su arte de grabador está lleno de calidad y hondura, de una expresividad casi portentosa. Desde el regusto macabro que lo envuelve, hasta la simple anécdota de actualidad en que se apoya muchas veces, pasando por la ilustración y la nota política, refleja la presencia áspera e insinuante, dramática y ancestral de lo mexicano.

Así lo digo viendo todavía, y no creo que tenga que rectificar mis palabras en lo sucesivo. La obra de Posada es lo más genuino, lo más sustancial que he tropezado en el arte mexicano de nuestra edad. Nace de las entrañas del pueblo, y al pueblo busca permanentemente, humildemente, revolucionariamente. Para levantarlo hacia su verdadero destino. Para darle conciencia de su propia personalidad. Para agudizar, también, su sensibilidad, una veces con la risa, con la risa sana y legítima de lo popular; otras con el llanto, con el llanto amargo que mueven la injusticia, la pobreza, el desamparo. Posada es como un gran atlas social de la vida mexicana donde han quedado grabadas para siempre las ansias, las alegrías, las burlas, las tristezas de este pueblo, y de donde ha brotado además la veta más pura — no purista, que conste — de las artes de nuestros días.

Creo que Posada, desde su particular ángulo de visión y a través de sus medios expresivos, es comparable a los más grandes artistas de no importa que país y tiempo. Como cualquiera de ellos logró poseer esa nobilísima virtud que consiste en saber ser el tornavoz profundo y resonante de una época y de un pueblo, y yo diría más: de una clase, la clase obrera mexicana, a la que él sirvió y defendió consciente y amorosamente. Y todo ello con un absoluto dominio de su técnica, una gracia y una imaginación sorprendentes.

A mí, cuando pienso en él, me gusta representármelo como uno de aquellos juglares medievales que, después de componer sus obras, se iban por los caminos a recitarlas o cantarlas. No creo que sea desatinado ver a Posada como un juglar, como un gran juglar gráfico y plástico. En sus juglares, conceptuales en ocasiones, simples y diáfanos en otras; hubo barruntos hondos de la revolución que había de transformar a México, y ya en ella, cantares de gesta y señales de orientación y crítica hacia la nueva vida mexicana.

Posada, en México, tiene ya una dimensión de símbolo. Algún día ascenderá con su pueblo a la victoria definitiva.